El destino sobre la almohada

-Mamá, que es un Beatle
-Pablo, ¿qué haces levantado tan temprano?
-Es que me desperté y no podía volver a dormir.
-¿Has vuelto a soñar?... verdad…
-No mamá, solo preguntaba, no podía dormir.
-Y esa palabra que me has preguntado, ¿de dónde la has sacado?
-Eh… en la radio, la escuché en la radio, pero no sé qué significa.
Pablo sabía que era mentira que la hubiera escuchado en la radio, y su madre lo intuía, pero prefería creer que le estaba diciendo la verdad. En ese momento apareció el padre de Pablo de quien había heredado el nombre, además de unos grandes ojos oscuros y mirando a su hijo con sorpresa le preguntó…
-Que pasa campeón, en tiempo de colegio no eres capaz de madrugar y estando de vacaciones vagas como alma en pena incordiando a tu madre.
El niño, bajó la mirada, como si hubiese cometido alguna fechoría, lo que provocó que su padre no pudiera contener una mueca a mitad

de camino entre risa y gesto de picardía, que se desdibujó al mirar a su mujer y observar que al igual que el niño, le evitaba la mirada.
-Me voy a quitar el pijama, Anita me espera a las nueve en el faro del puerto y no quiero retrasarme- Dijo el niño.
-Pero si son las cinco y media, tanta Anita, tanta Anita, a ver si piensas ir caminando hacia atrás para tardar tanto en llegar.
El intento de su padre por relajar la situación no hizo ningún efecto en ninguno de los dos, por lo que en cuanto su hijo se hubo metido en la habitación para cambiarse, cuestionó a su mujer
-Que está pasando Marisa, por qué esas caras.
-¿Qué caras?
-El crío a estas horas levantado y no se atreve a mirarme, y tu tres cuartos de lo mismo.
-Solo me hizo una pregunta por algo que ha escuchado en la radio, pero la verdad… no sé qué pensar.
-Crees que se ha despertado porque ha vuelto a tener uno de esos sueños.
-Te he dicho que no sé qué pensar, creía que se habían acabado.
-Qué clase de pregunta te ha hecho.
-Que es un no sé qué, una palabra inglesa, no la había oído nunca.
La mujer desconocía que Pablo había sido el primero en escuchar en concierto a los míticos Beatles, a pesar de que corrían los últimos años de la década de los cincuenta y no sería hasta 1962 que la banda se formaría. Pablo padre, se limitó a sentarse a la mesa a la espera de que su esposa le sirviera el desayuno, mientras pensaba con un gesto más que elocuente, acariciándose la barbilla y mirando adelante con los ojos enfocados en la nada.
Lejos de lo que cabía pensar, pablo tardó muy poco en distraerse del tema de su hijo, ya que su cabeza estaba elaborando una excusa

creíble para llegar nuevamente tarde a casa, excusa que no necesitaba ya que su profesión le justificaba más que sobradamente, pero su conciencia lo volvía inseguro y le forzaba a amarrar cada uno de los posibles cabos sueltos. En una isla con tan pocos habitantes, pese a ser de bastante gran tamaño, Pablo era el único médico, y aunque una vez al mes venían en barco un grupito de especialistas para tratar casos concretos, casi todas las dolencias de la isla y las de los alrededores pasaban por sus manos, siempre contando con que las curanderas y mujeres experimentadas en la vida, aportaban a los pobladores también parte de su bagaje.

Pablo desde muy joven se había enamorado de Marisa, con quien estaba casado, el joven más prometedor de la isla, como cabía esperar, había conquistado a la mujer más guapa del instituto. Sus vidas parecían sacadas de una novela romántica, sin tropiezos ni sobresaltos, con dos hijos estupendos, buena posición económica y social y el reconocimiento de todos por el prestigio de ser considerado por muchos, la persona más importante de la isla. No obstante hacía algunos años que Pablo se había aburrido de su vida perfecta, y su afición por recuperar tesoros sin ningún valor del fondo del mar, ya no le estimulaba como antes y se había convertido en una rutina más de las que formaban su vida. Antiguamente, esperaba ansioso el fin de semana especulando con las condiciones del clima, deseoso de poder meterse en su barcaza para salir al mar a rescatar baratijas en apnea, soñando con que alguna fuera un tesoro milenario cargado más de misterios y anécdotas, que de oro y joyas. Para bien de sus ilusiones, algunos años atrás, en la atención de un grupo de marineros que fueron rescatados de una tormenta encallados en los despeñados del lado este de la isla, conoció a la hija de unos escoceses muy ricos, que vivían en uno de los picos de los

tres cerros que coronan la isla, donde cuenta la leyenda, se encontraba en la antigüedad el castillo de la reina Mya. La joven se llamaba Melanie y era enfermera, aunque su situación familiar, la había llevado a no trabajar en su vida, había estudiado porque era un orgullo para sus padres, pero no pretendía dar palo al agua mientras pudiera evitarlo. Aquella tarde de la tormenta, Melanie se encontraba refugiada con su padre en el restaurante del hotel Dorotea, uno de los pocos refugios decentes donde los turistas podían alojarse cuando pretendían pasar unas vacaciones en semejante isla paradisiaca, cuando comenzaron a bajar en el puerto a los marineros traídos en botes desde la otra cara de la isla. Los pobres hombres eran tirados de mala manera y sin discriminar entre vivos, ilesos, muertos o amputaciones, para que el médico, como buenamente pudiera y con la escasa ayuda de tres neófitos cargados de buena voluntad, los asistiera. Melanie vio el espectáculo sin necesidad de sentirse intimidada por los que sabían que era enfermera, ya que en realidad, lo que pensara el resto de la gente le importaba bien poco, aunque parte de esa gente fuera su padre, pero por alguna razón, o quizá por ninguna, decidió acercarse a ayudar. En medio del caos, quedó impactada por el hombre de aspecto pulcro en medio de tanta mala bestia del puerto, que atendía con destreza y autoridad a los desgraciados, no pudo evitar dejarse seducir por la camisa empapada pegada al torso del médico y sus ojos decididos medio ocultos detrás del pelo mojado que por aquel entonces le caían en abundancia sobre la cara, imagen que siempre recordaba con nostalgia en los días de lluvia, soledad y vino tinto.

Sin llegar a ninguna conclusión y habiendo terminado su desayuno, del que no fue consciente que se lo hubiera comido hasta que Marisa

recogió los cacharros y los puso en el fregadero, se puso la chaqueta, dio un beso lento y sentido a su mujer y salió por la puerta en total coordinación con el sol que asomaba detrás de los tres picos, advirtiendo que ese iba a ser un hermoso día de primavera.

Marisa, lo vio irse en silencio, fregando de memoria la taza y el plato que había usado para desayunar, sin apartar la mirada del hombre de su vida, mientras este se alejaba a trabajar andando, pese a tener que recorrer más de veinte calles, allí lo esperaban su consulta, sus enfermitos y su rica enfermera que no necesitaba trabajar, pero que no podía prescindir de su presencia.

Cuando Pablo llegó al centro de atención, se encontró con la misma estampa de todos los días, un grupejo de ancianitos cuyas vidas sociales estaban limitadas a las salas de esperas, alguna madre primeriza preocupada por los mocos de su hijo y la enfermera de revista de moda esperándolo con sonrisa de publicidad de pasta dental.

-Bueno, como sigamos así voy a tener que poner una mesa de dominó y una caja llena de agujas de ganchillo… Melanie, tu qué crees, si les ponemos unos carajillos igual sacamos más monedas que cobrándoles consulta.

-A estos lo que tiene que ponerles es un pico y una pala, iba a ver lo poco que venían por aquí”- comentó la joven madre de un pequeñín de dos años disgustada por la cola que le precedía ante la incesante catarata de mocos aguados de su retoño.

El médico entró en la consulta dejando atrás la enorme sala de espera, para lo que necesitó rodear la mesa de Melanie, que saltó como un resorte y copió cada uno de los pasos de Pablo. Mientras ella ordenaba unos papelitos en el escritorio del galeno, éste dejaba

su chaqueta y se enfundaba una bata blanca impoluta y sin una sola arruga.
-Hay once personas esperando, lo más importante es don Cosme, que tiene otra vez un resoplo feo que me suena a que deberíamos ir avisando al cura.
-Eso es lo más importante, juraría que puedo encontrar alguna cosa más importante esta mañana por aquí cerca.
El comentario sonó a escasos milímetros de la oreja de la joven, que mientras sentía como el bello de la nuca se le erizaba, ponía en blanco los ojos y daba medio paso hacia atrás para tropezar voluntariamente con las piernas de Pablo. Se detuvo al contacto con su cuerpo una fracción de segundo, y volvió a convertirse en un resorte para salir balbuceando con voz quebrada y casi inaudible…
-Son las siete y media de la mañana, como comencemos así el día, aquí arde hasta el puerto, le digo al viejo Cosme que lo llama y ya si eso, le susurra también a él al oído.
Con el corazón revolucionado y la respiración entrecortada, sufriendo por no haber podido conceder a Pablo la posibilidad de dejarse llevar, no por los pacientes que esperaban, ya que a ella le importaban tanto como las gaviotas de los mares del sur de Australia, sino por lo escrupuloso que sabía que él era y que si ella lo dejaba seguir, sería él quien pondría el paréntesis y eso no iba a permitírselo, salió a la sala de espera y puso en marcha la rueda.
Para ese entonces, Pablo hijo, estaba sentado en la misma silla que su padre algún rato antes, tragando a toda prisa un trozo de pan embadurnado en mermelada casera que la abuela había enviado desde la península con los regalos de navidad, y un tazón de leche obligatorio bajo amenaza de muerte de su madre, que, en una pausa

casi poética, lo miraba con los ojos fijos y dulzura enamorada de madre que ocultaba hasta su respiración.
No había tragado aún el último bocado, cuando ya se encontraba corriendo hacia el patio en busca de la bicicleta para poner rumbo al puerto donde, desde muy temprano, lo esperaba su amiga Anita.
La distancia hasta el puerto era el equivalente a dos mil ciento doce vueltas de la rueda delantera de su bici, lo estuvo calculando y controlando durante casi dos años, al principio no sabía bien cómo saberlo y su cálculo era aproximado, luego ideó una estrategia interesantísima, según el mismo la definía, puso un lápiz de color rojo enganchado entre los rayos de la rueda y andando a poca velocidad contaba cada vez que el lápiz pasaba por entre los frenos. Toda una demostración de tecnología punta. Las primeras contabilizaciones fueron poco precisas, pero cuando hubo ajustado algunos detalles como la ruta exacta y la velocidad adecuada para no perder la cuenta, todo se convirtió en precisión y vuelta arriba, vuelta abajo, el resultado era siempre el mismo.
Cuando aún faltaban muchas vueltas de su rueda delantera para llegar al puerto, ya podía ver a su amiga Anita sentada sobre un amasijo de redes y boyas, mirando con expectación la calle por donde él llegaba…
A pesar de ser tan temprano y estar aun en primavera, el sol apretaba haciendo presagiar un día caluroso que a nadie sorprendería en esa isla acostumbrada a los abrazadores encantos del astro rey.
-Estás segura de lo que me has dicho, Cándido dice que es imposible.
Cándido es el hermano de Pablo, siempre está dándole lecciones de vida demostrando lo importante que es un hermano mayor, aunque solo tiene dos años más que él. Se siente con una responsabilidad

sobre Pablo, porque está convencido que es quien debe velar por todo lo que le pase, más incluso que su propio padre ya que, a su juicio, demasiado tiene con cuidar la salud de todos los habitantes de la isla y las de los alrededores. A diferencia de Pablo que con sus nueve años disfruta de una amistad incondicional e inocente por Anita, Cándido está tontamente enamorado de Lola, la hermana mayor de la amiga de Pablo. La joven de dieciséis años, casi ni se ha dado cuenta de la existencia de Cándido y solo cuenta los días que le quedan para cumplir dieciocho, subir a un barco y no volver a la isla nunca más, cosa que, aunque está convencida que así será, Pablo sabe a ciencia cierta que nunca ocurrirá.

-Te lo juro Pablo, yo lo he visto.

Anita bajó el volumen al ver pasar un par de hombretones desalineados que forcejeaban con un amasijo de redes viejas.

-Da igual, si nos apuramos podremos intentar llegar a la cala antes del mediodía, pero si nos retrasamos mucho, acabará dándonos alcance el pesado de Cándido y nos obligará a dejarlo venir con nosotros.

Anita, sacó de detrás de unas cajas de estibación su bicicleta, una reliquia que había recibido su madre en agradecimiento por “ser tan buena” y se puso en marcha, indicando desde atrás el camino ya que era incapaz de dar alcance a Pablo porque tenía menos fuerza que él, y porque su vieja bici no podía compararse con la maravillosa y “súper veloz máquina voladora” que poseía el niño rico. La madre de Anita recibía constantemente regalos de mucha gente de la isla, era la única maestra y había conseguido ganarse el cariño de los isleños pese a no ser fácil ya que eran muy desconfiados con la gente de la península. Ella se había enamorado del padre de sus dos hijas, un joven y soñador pescador, y en un arrebato de amor decidió irse a

vivir con él, pero a los pocos años de haber nacido la pequeña, murió en un naufragio, el mismo que circunstancialmente unió al padre de Pablo con su enfermera. Nunca fue capaz de decírselo a sus hijas, se limitó a situarlo en un gran barco de viaje por todos los mares del mundo y a escribir cartas a nombre del difunto en las que relataba a sus pequeñas las aventuras que estaba viviendo y lo poco que quedaba para que volviera a casa. Lola, no sabía si creerse la historia que su madre les contaba, pero prefería creérsela, ya que suponía que la otra opción era que las había abandonado. Anita en cambio, sabía que su padre ya no volvería, porque Pablo una noche soñó con él, y se vio en la obligación de ser honesto con su amiga, la que entendiendo el dolor de su madre, no quiso contradecirla y finge desde entonces que lo que ella les cuenta, lo cree a pies juntillas.
Los niños iban esa mañana a cazar cangrejos con el lomo azul, una especie que Pablo nunca había visto pero que Anita había Jurado que había descubierto por cientos en una cala distante del caserío.
Cuando llegaron al despeñado del perro flaco, dejaron las bicis bajo un olivo inmenso y comenzaron a bajar con mucha dificultad por la ladera que flanqueaba la gran cala donde Anita había hecho el descubrimiento.
-¿Que pasa Pablo, te veo distraído, o sigues pensando que cándido tiene razón y no quieres bajar?
-No, es que… nada déjalo, no tiene importancia.
Anita estaba convencida de que no era verdad, pero también de que cuando su amigo sintiera que era el momento adecuado, le contaría aquello que lo contrariaba.

Marisa miró con una sonrisa como Cándido salía tropezando con una de sus macetas del Porche, y suponiendo que ya no lo vería hasta la

hora de la comida, y eso con un poco de suerte, se entregó a su rutina de mujer casada con la vida resuelta. Fregó sin prisa el tazón de Cándido y mientras recogía la ropa tendida la noche anterior, miraba por la ventana esperando la llegada de José J.

José J. era un vendedor ambulante, joven, de veintipocos años, que repartía el pan a primera hora por todo el caserío mientras recogía pedidos de las marujas que querían ahorrarse el viaje al mercado y así ganarse unas monedas más. Por las tardes vendía helados a los turistas en la playa. Aunque era un joven muy guapo y solía ir bien vestido por mérito de su madre, le resultaba imposible disimular que tenía pocas luces, muchas veces había tenido problemas con otros muchachos de su edad que celosos por su aspecto de señorito elegante, se habían abusado de su tontuna para hacerle pasar un mal rato.

Cuando José J. llegaba, tras cruzar unas palabras de cordialidad y poca profundidad, el chico no daba para mucho diálogo, sabía Marisa que era su momento del día, no sin antes volver la mirada para contemplar el buen porte del joven que se potenciaba a ojo educado cuando se iba. Marisa de joven había querido ser bailarina, y su gran talento se había sofocado por la ilusión de formar la familia perfecta, con su hombre perfecto, pero ello no había conseguido disipar ni su ilusión por el baile, ni su empeño en practicarlo. En el desván de su casa, Pablo, su marido, le había dispuesto un espacio para pudiera calzarse las punteras y arrancando con unos ejercicios de elongación sujeta a la barra que había en la pared, se dejaba hipnotizar por la música que brotaba a todo volumen de un espléndido toca discos que su marido le había regalado para un aniversario de casados. En ese trance se sumía durante horas, dejándose llevar por las melodías hasta que los tobillos se le hinchaban y tenía que volver a la realidad.

Muchas veces resbalaba con sus lágrimas en el suelo y descubría de ese modo que estaba atrapada en un llanto ahogado, del que no podía precisar el momento de origen y menos aún el motivo, quizá su vida perfecta ya no era suficiente para ella.

Esa mañana su llanto, que por cierto era cada vez más frecuente en sus danzas matinales, había sido especialmente profundo, quizá fuera porque su hijo había vuelto a soñar después de muchas semanas sin hacerlo, quizá en el fondo su intuición le hacía presagiar lo que estaba por ocurrir.

En ese mismo momento, un pequeño barco se dirigía al puerto y en él, regresaba a la isla al cabo de unos meses de ausencia Rodrigo, el hermano de Pablo.

Rodrigo, en otra época, contaba con la absoluta confianza de su hermano y su cuñada, pero esa confianza le llevó a conocer el designio de su sobrino, quien por las noches, solía soñar con realidades presentes o futuras que indefectiblemente estaban destinadas a ser verdad.

Cuando era muy pequeño, y apenas era capaz de hacerse entender con pocas palabras, se levantó una madrugada y despertó a su padre advirtiéndole de la presencia de un monstruo en su consulta, el animal tenía los colmillos hacia afuera y se estaba comiendo todo lo que pillaba de su padre. Pablo, suponiendo que era una pesadilla consoló al niño y lo llevó nuevamente a su cama. Para su asombro, al ir a trabajar al día siguiente, encontró un Jabalí que había conseguido meterse dentro de su despacho y se había comido las sábanas de las camillas, las batas blancas y hasta las flores de la mesa de la enfermera, que por ese entonces no era Melanie.

En otra ocasión puso sobre aviso de que la abuela iba a venir de improviso a visitarlos. Esa misma tarde se la encontraron en el puerto

con la intención de venirse a vivir nuevamente a la isla, para bien de su nuera, el entusiasmo solo le duró hasta que fue capaz de recordar por qué se había ido alguna vez hacía ya muchos años.
Pero no solo soñaba con cosas que iban a suceder, a veces soñaba con cosas ya ocurridas de las que no tenía conocimiento, como aquella vez cuando, con cinco años, preguntó por qué habían ido sus padres el día anterior a comprar una bicicleta y la habían escondido en la consulta, si ya se la había pedido a los reyes magos.
Sus padres y su tío no le dieron más importancia que la de una secuencia de coincidencias hasta que aquel día, bajo un sol impertinente comentó que la noche anterior había soñado que una tormenta destrozaría un barco y moriría mucha gente. Nada hacía presagiar que una tormenta pudiera aparecer al menos en varias semanas, pero esa noche Zeus no estuvo de acuerdo con la opinión de los isleños y hubo un maremoto que hizo estragos en toda la flota, muchos pescadores que se encontraban alejados de la costa naufragaron, y el gran barco del que ya os he comentado, fue arrojado contra los peñones de la cara opuesta de la isla, marcando para siempre la memoria y el folclore del lugar.
La preocupación de que alguien se enterara de las visiones de Pablo hijo, hicieron temer a los padres por su seguridad, ya que era solo un niño y podía que algún extraño quisiera aprovecharse del don perjudicándolo insanamente. Investigaron en cuanta bibliografía pudo caer en manos del médico y probaron con diferentes medicaciones que le hicieron llegar los más reputados profesionales del continente, Pablo nunca dijo que la persona que estaba intentando tratar era su hijo y así se mantuvo en secreto para protegerlo hasta que el tratamiento comenzó, poco a poco, a dar resultados.

Pero lo que Pablo y su mujer no fueron capaces de prever, fue que no solo de los extraños debían proteger al niño. Una mañana cuando ya habían comenzado a verse fructificar los cuidados de su padre, Pablo se despertó contando una visión de ensueño, en una de las islas próximas a aquella en la que vivían, había visto una cueva en la que siglos atrás, unos marineros habían escondido un tesoro traído de las américas, él no podía precisar cuál era la isla, porque desconocía todo aquello que sobrepasara la calle que llegaba al puerto, pero en su sueño la había visto muy claramente. También pudo relatar con sorprendentes detalles las maravillas que formaban el tesoro oculto en la cueva, pudo precisar cantidades exactas sin cambiar la cifra de una vez a otra, de las monedas de oro que tenían las cinco arcas de madera apiladas contra el fondo de la cueva, y medio sepultadas por la arena. Relató también la cantidad de pasos que había desde la entrada hasta las arcas y cuantos pedruscos colgaban del techo infestados de murciélagos.

Pablo, como tantas veces lo tomó como un relato sin importancia, pero a la vista de los antecedentes, Rodrigo no fue capaz de hacer lo mismo.

Al principio consultaba encubriendo en medio de juegos al niño para que le diera más detalles a cerca de esa isla, pero no consiguió ningún dato nuevo. Poco a poco sus juegos fueron convirtiéndose en preguntas cada vez más directas, persistentes y continuas. Alternaba constantes viajes a las islas aledañas con interrogatorios agotadores al niño, cosa que no hizo gracia a su madre, y ante su insistencia, Pablo, tuvo que mediar, y poco a poco la relación con Rodrigo fue tornándose más tensa.

En su obsesión, Rodrigo hizo un viaje a la península donde compró artilugios para improvisar un precario estudio de fotografía, y se

pasaba las semanas yendo y viniendo a las islas de los alrededores, sacándoles fotos y mostrándoselas a su sobrino para ver si algunos de los paisajes se parecía al de sus sueños.
La obstinación de Rodrigo acabó por merecer una acalorada pelea con su hermano que poco antes de acabar en las manos, terminó con la oportuna mediación de la esposa, que obligó a su cuñado a irse para no volver a su casa.
Rodrigo, indignado, ya que consideraba que tenía derecho a que su sobrino le informara, como gratitud por tantas atenciones que había tenido con ellos, comenzó a buscar por su cuenta y cuando estaba convencido de estar cerca de algo, abordaba en secreto en la calle al niño para exigirle su ayuda.
Esa mañana, Rodrigo volvió como tantas veces a la isla, pero desde lejos, mucho antes de llegar al puerto, pudo reconocer a su sobrino jugando con su amiga en la cala donde buscaban cangrejos con el lomo azul y con una hábil maniobra se acercó a donde se encontraban los niños y antes de encallar, soltó el ancla y llegó a nado hasta la arena.
Los niños, sumidos en su juego, no notaron la presencia del hombre hasta que éste estuvo a pocos metros, cuando Pablo lo vio, no pudo evitar que el corazón le golpeara con fuerza en el pecho y sus ojos persiguieran con desesperación todo el entorno para intentar localizar un sitio por donde salir corriendo, pero era imposible, las bicis estaban en la parte alta de la ladera y la cala aunque era grande, solo les hubiera permitido correr de una punta a la otra. Por un momento pensó en escalar hasta las bicicletas a toda prisa, pero era consciente que la escalada no era su fuerte y antes de que todas estas ideas dejaran paso a alguna más útil, el hombre ya estaba encima de él.

-Hola Pablo, hace mucho que no nos vemos.
-Hola, mi mamá me ha dicho que no debería hablar contigo.
-Pero tu mamá es una mujer que no entiende algunas cosas, y nosotros somos dos hombres que somos capaces de entender que hay más mundo donde el cielo y el mar se juntan, o no es así, a que tú has visto lo que hay más allá.
-Pero tío, ya no sueño más y no sé qué cosas nuevas decirte para que puedas encontrar lo que buscas.
-Puede, o puede que solo estés obedeciendo a tu madre como un niño pequeño, pero tú ya eres casi un hombre, mira, por qué no vienes hasta el barco y te muestro unas fotos nuevas, seguro que alguna te resulta familiar.
Pablo además de presenciar el primer concierto de Los Beatles esa noche había visto después de mucho tiempo otra vez la cueva con el tesoro, solo que esta vez, la había soñado con él y Anita huyendo de su tío en dirección a un barranco que desembocaba en el mar, una caída con forma de garganta que amenazaba con piedras puntiagudas, donde las olas rompían provocando un estruendo que presagiaba la muerte, y había despertado ante la sensación de vértigo que provoca una visión demasiado vertical de una inminente caída.
Rodrigo intentó forcejear con el crío aferrándolo por su brazo, pero Anita, que se había alejado dos pasos solamente, le lanzó infructuosamente un puñado de arena que es lo único que encontró a mano, y aunque no fue capaz de acertar con el tiro, permitió un segundo de distracción que Pablo aprovecho para salir corriendo en dirección a las bicicletas seguido por su amiga y ante la inmovilidad del hombre que hubiera necesitado dos pasos para darles caza.

Con suma dificultad y lentitud subieron por la ladera hasta llegar al olivo, Anita estaba desconsolada en un llanto infundado ya que no comprendía cual era la situación, pero la preocupación de su amigo le bastaba para saber que no estaba pasando nada bueno. Por su parte Pablo, al margen del susto provocado por su tío, no podía borrase la imagen del sueño donde se veía al borde del precipicio al escapar de la cueva y su desesperación crecía exponencialmente comprendiendo que éste, era de esos sueños y antes o después debía enfrentarse a ese precipicio.

Subieron a las bicicletas y salieron a toda velocidad sin tener en cuenta ni el camino ni la distancia recorrida. En algún punto del trayecto tropezaron con Dolores, una mujer rolliza que trabaja entre los barcos y las casas realizando tareas no propias de mujeres, pero que casi ningún hombre era capaz de hacer con su profesionalidad. Era una especie de mecánico generalista con el mismo talento para el motor de un fueraborda que para un frigorífico. Era una mujer dura, como su pareja, el cojo, pero con un fondo dulce como la madre que nunca fue, su trato rudo y maleducado alternaba con una enorme sonrisa poco femenina pero gentil, que inspiraba confianza y a veces hasta indulgencia.

La mujer, que conocía a los niños desde que nacieron, pudo adivinar su pánico desde la distancia solo con ver la desesperación con que pedaleaban, e interpuso su enorme físico en mitad del camino impidiéndoles avanzar. Los niños, al verla se sintieron protegidos. Dolores era toda una institución en la isla y ni el más violento o descontrolado marinero se hubiera atrevido a enfrentarla, por lo que se dejaron detener por la mujer y ocultando la verdadera razón de su temor se inventaron de mala manera una excusa, que no se

correspondía con el llanto y la alteración que traían, pero que ella simuló haber creído para no agobiarlos aún más.
La casa de Dolores estaba muy cerca de donde los encontró, era una construcción muy pequeña, prácticamente cuatro paredes de barro cocido, de muy poca altura y muchos años y tormentas encima, en ella vivían en condiciones de mínima decencia, ella y su pareja el cojo, un marinero viejo y maleducado, que pese a tener una bien ganada fama de borracho y poco adaptado socialmente, la gente sabía que podían contar con él para cualquier ayuda que pudieran necesitar. El viejo cojo era incondicional desinteresadamente hasta con sus peores enemigos, casi todos ganados en peleas de bar.
Dolores los llevó con ella como si fuera la bruja de un cuento de hadas y les dio de comer, los limpió un poco y les prometió que después de una siesta los llevaría con sus madres. Por fortuna para Pablo y Anita, nada había más lejos de esa mujer que tener actitudes de bruja de cuento, así que cuando fue la hora oportuna los acompañó a pie a cada uno a su casa, sin contar por qué estaban con ella ni el estado en que los había encontrado. Las madres de los niños, no los echaron de menos porque acostumbraban a desaparecer el día entero sin dar excusas hasta que era bien entrada la noche, cuando volvían derrotados de sueño y con un día de aventuras a sus espaldas.
Al verlos llegar con Dolores sintieron un cierto alivio, si estaban con ella al menos no se les había olvidado comer.

-Pablo, deberías saber que la Señora Diez quiere que la atiendas a pesar de la hora que es.
-Dile que venga mañana temprano, hoy ya no puedo atender a nadie más, casi no tengo energía y la poca que me queda la estoy

reservando, aun no tengo claro para qué, pero sospecho que voy a necesitarla.
Melanie salió un momento, se escuchó ininteligible su voz y unos segundos después el ruido estrepitoso de la cancela que bloqueaba la enorme puerta de acceso sentenció el final de la jornada de consultas, tras el ruido, se sucedieron unos segundos de un silencio tan transparente que podía escucharse como el galeno deslizaba sobre el papel la estilográfica. Cuando el silencio comenzó a incomodarle, levantó la mirada y frente a él, la enfermera de ascendencia Celta, lo observaba en silencio, vestida solo con la luz de la bombilla de la lámpara de mesa y con una actitud desafiante.
-Tiene dos opciones doctor, o deja ese informe y me acompaña a la camilla, o me acostaré sobre él y tendrá que escribirlo nuevamente entero.
El médico volvió la mirada al papel y siguió escribiendo, más por provocarla que por insinuar desinterés. En menos de dos segundos vio como la humanidad rosada de su enfermera se distribuía entera sobre su escritorio, ocultando por completo el informe y proponiendo un espectáculo envidiable, incluso para el mismo que lo estaba disfrutando. Pablo quiso seguir con su juego de disimulo e insistió en escribir, a falta del informe, sobre el muslo desnudo de Melanie, pero ella, girando con precisión acrobática lo encaró sentada sobre el escritorio, pasando una pierna a cada lado de él y cogiéndole el pelo con infinita lentitud por detrás de sus orejas, propuso una pausa, murmuró algo en la lengua natal de sus padres y se dejó caer violentamente sobre su falda, obligándole a esforzarse al máximo para no perder el equilibrio. Una vez tuvo sus ojos a la altura de los suyos, volvió a murmurar algo en ese dialecto arcaico y se dejó dominar por el ímpetu del hombre que no le pertenecía.

La penumbra rojiza del anochecer entrando por la ventana, le hizo soñar con una situación romántica, más allá de los simples aunque frecuentes encuentros en la consulta que conferían a esa relación una doctrina superficial y libre de responsabilidades, pero la idea se diluyó rápidamente de su cabeza, ya que en el fondo le estremeció pensar que podía convertirse en una segunda versión de Marisa. Tanto le escandalizó la visión que no se dejó distraer por una imagen furtiva que creyó ver en la ventana, al fin y al cabo, solo podía ser una sombra proyectada desde lejos y aunque no lo fuera, tampoco le importaba en absoluto lo que pudieran decir o pensar sobre ella los pueblerinos, nunca les había tenido respeto o contemplación alguna y desde la muerte de sus padres, no tenía la sensación de deber responder de nada ni ante nadie ni en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno.

Poco después, detrás de la ventana el joven José J. se encontraba sentado en el suelo, mirando al frente, desorientado por lo que acababa de ver, lejos de amedrentarse por el espectáculo, lo que le desconcertaba era reconocer en ese acto furtivo e inmoral, que podría dar un golpe a la tradicionalista ideología del pueblo, a alguien que realmente era una referencia de rectitud y honorabilidad. Había sido testigo de todo lo sucedido desde varias horas antes, cuando la enfermera entró desnuda en el despacho y se acostó sobre el informe hasta la relajada suspensión en manos de Morfeo disfrutando del placer del buen momento que acababan de compartir. José J. admiraba profundamente a Marisa, no solo por su belleza y sus ojos que parecían hablar cuando se movían, sino también porque parecía ser de las pocas personas en la isla que lo trataba con normalidad si dejar entrever en su trato que lo veía como a un tonto, cosa que hacían casi todos, especialmente Melanie, a

quien no atribuía belleza alguna a pesar de ser evidente una mujer sumamente atractiva, mucho más incluso que la esposa de Pablo.

Marisa reconoció cierta inquietud en su hijo pequeño al arroparlo en su cama, pero con las urgencias del día a día, deseando poder terminar con las cosas de la casa antes de irse a dormir y enfrentar una nueva madrugada con el Sol aún escondido, no le prestó mayor atención, arropó también a Cándido, aunque ya se consideraba un hombre, y bajó a la cocina a terminar con las pocas cosas que tenía pendientes a la espera de la llegada de su marido. La cocina estaba conectada con la sala por la que se entraba a la casa por una abertura donde hubieran cabido varias puertas, generando un ambiente amplio e iluminado, en la sala pegada a la pared que la separaba de la cocina, se encontraba una gran escalera de madera de roble americano, que haciendo una curva discreta llevaba a las habitaciones de arriba y frente a esa escalera estaba la puerta de entrada, más discreta que el resto del edificio que era ornamental y lujoso sin llegar a ser excesivamente ostentoso. Había debajo, otras salas para distintos usos e incluso algunas sin ninguno ya que la casa era demasiado grande para una familia tan pequeña y sin servicio doméstico. En la planta superior ocurría algo similar, donde además de las cuatro habitaciones ocupadas, había otras tantas sin ninguna función o utilizadas para amontonar cosas olvidadas. Marisa bajó las escaleras, terminó con las tareas que le inquietaban y decidió volver a ver a sus hijos que para entonces estarían ya dormidos, en ese momento volvió su marido con una cajita en la mano derecha, la extendió y se quedó mirando a su mujer sin decir nada.
Marisa estaba acostumbrada a recibir espontáneamente regalos de su marido sin que hubiera algún motivo concreto, aunque ignoraba

que esos ataques de generosidad solían coincidir con aquellos días en los que compartía horas de placer con su amante. Miró con una pausa medida, sonrió y extendió la mano sin coger el obsequio ni abrirlo, solo rozó el terciopelo de la tapa y cerró los ojos imaginando que habría dentro. Pablo en un gesto cómplice abrió por el medio y hacia arriba la tapa poniendo ante los ojos de su esposa una gargantilla preciosa de oro blanco con incrustaciones.

-Llevo dos meses esperando a que el orfebre me lo envíe desde la península, mira… tiene tu nombre bajo estas piececitas de aquí.

Marisa quedó fascinada con la delicadeza de la joya y no se atrevió a ponérsela de inmediato ya que se sintió vulgar con la ropa de fregar los suelos, pero su marido no la dejó retroceder y levantándole con afecto el pelo, se la ciñó por detrás de la nuca haciéndola girar en la dirección donde se encontraba una cómoda espejada. Marisa no pudo decir nada, estaba emocionada a tal punto que los ojos se le llenaron de lágrimas, Pablo disimulando la importancia del gesto, la guió a la cocina donde cenaron conversando pausadamente entre sonrisas y roces de dedos.

Pablo hijo esa noche volvió a soñar, y como muchas veces había temido su padre, fue capaz de ver lo que había ocurrido en la consulta con la enfermera, pero a diferencia de otras veces, donde difícilmente era capaz de entender exactamente que ocurría y despertaba con la duda de que fuera algo real o solo un sueño sin connotación, esta vez vio todo con extrema claridad. Para un niño de nueve años, en una época en la que decir tacos era pecado mortal, ver semejante escena, donde además los protagonistas eran su padre y la enfermera rica a la que todos en el pueblo le tenían cierta reticencia, fue todo un shock. La visión de la joven estirada frente a su padre completamente desnuda, ya de por sí era algo que le

superaba, pero ver todo lo que ocurrió luego con total lujo de detalles, como si tuviera en frente una proyección tridimensional, donde cada centímetro de piel, cada gota de sudor, cada palabra susurrada se ponían de manifiesto, sumergió al niño en una situación tortuosa de la que no era autónomo para poder salir y mucho menos para dejar de observar. A tal punto le quedaron presentes los detalles, que ni siquiera obvió la presencia de José J., cuyos ojos desorbitados por la sorpresa se imprimieron en su memoria como un estigma, hasta que al día siguiente volviera a verlos en su propia casa.
Por la mañana se despertó tan temprano como los días anteriores, y a pesar del horror provocado por su sueño que lo mantenía en una situación tensa y desconcertante, no huyó en busca de su amiga para evadirse de las imágenes que lo torturaban como en otras ocasiones, el temor a encontrarse nuevamente con su tío era tan grande que prefirió organizar una acampada en su habitación. Levantó una tienda de campaña con las sábanas y una vez que hubo desayunado, se sumergió en un sueño en vigilia, esta vez voluntario, donde todo lo que ocurría era su creación, una fábula donde los protagonistas eran su amiga Anita y él y no había Tío que temer, ni enfermera a la que no mirar.
En algún momento, no mucho después de haber terminado de desayunar, escuchó el claqueo de la cerradura de la puerta, que en días de poco bullicio podía escucharse desde cualquier rincón de la casa. El inocuo ruido, al que todos estaban acostumbrados, le hizo recorrer una sensación gélida por la espalda, como si alguien le hubiera metido un carámbano por dentro de la camisa. Su primera reacción fue cerrar los ojos e intentar esconderse bajo la cama, estaba claro que no había podido alejar por completo la imagen de su tío, pero al recordar que su madre era a sus ojos una gladiadora

infranqueable a la que ni su padre se atrevía a levantar la voz, decidió bajar a ver lo que ocurría. En cuanto asomó solo un ojo al vacío que proponía la escalera, pudo ver a su madre de espaldas frente a la puerta, y bajo el dintel José J., con su bolsita de tela le entregaba el pan de todos los días. El joven se percató de su presencia y en cuanto levantó la vista para saludarlo, sus dos ojos castaños se clavaron en la mirada de Pablo adoptando la misma exacta expresión de desconcierto que hubieran tomado el día anterior en la ventana de la consulta, y que Pablo tenía grabado a fuego en su memoria.

El niño se avergonzó profundamente, mientras José J. supo comprender, sin saber por qué, que Pablo sabía lo que había presenciado.

Si ya se sentía en una infundada obligación de poner sobre aviso a Marisa a cerca de lo que había visto, suponer que el hijo de ella lo sabía testigo lo condicionó aún más. Decidió entonces hablar con la mujer para decirle lo que estaba claro que ella no sabía, así que cuando se dirigió a la cocina suponiendo que José J. se iría, él optó por seguirla. Marisa se sorprendió, pero no pensó en ningún momento que pudiera ocurrir algo malo o que estuviera en algún peligro con él.

-Disculpe señora, pero creo que debería decirle algo.

Los ojos le pesaron como rocas y no fue capaz de sostenerlos, tanto bajó la mirada que la descansó en sus propios zapatos. Marisa, sonriente dio un paso hacia él para inspirarle confianza en lo que tuviera que decir, pero él se alejó con suma vergüenza la misma distancia.

-Dime José J., ¿te ocurre algo?

… e intentó tomarle la barbilla como al niño que a veces aún pensaba que era, lo que la llevó a darse cuenta de que era un hombre en toda

regla, más alto que ella. Ante el roce de la mujer, el muchacho no pudo disimular un pequeño estremecimiento, lo que ella interpretó como algo personal y retrocediendo entonces el paso que había dado un instante antes le preguntó.

-Entonces, que me decías.

El joven no fue capaz de contarle lo que vio, y diciendo a medias lenguas que mejor en otro momento y sin levantar aun la mirada, salió corriendo como si hubiera cometido alguna fechoría infantil.

Marisa no supo interpretarlo adecuadamente, y consciente de la limitada inteligencia de José J. creyó que pretendía declarársele, y tras unos segundos de desconcierto, soltó una carcajada que retumbó en la soledad del caserón medio vacío.

No pudo quitarse de la cabeza la idea, y a cada momento se descubría sonriendo o riendo abiertamente entre la escoba y los trapos de fregar.

Ese día fue singular para las dos personas que se quedaron en casa. Pablo, atemorizado por la presencia en la isla de su tío, no se atrevía a salir de la casa, de hecho, hasta temía acercarse a las ventanas pensando que su tío podría verlo. Ello le provocaba un gran dilema ya que habitualmente cuando lo torturaba algún sueño, evadía su cabecita jugando en las afueras del caserío, generalmente con su amiga Anita, pero el temor por la presencia de su tío estaba costándole el encierro ante la peor de las pesadillas que hubiera tenido nunca, ya que no solo no la comprendía, sino que además estaba poniendo en evidencia que la vida a la que estaba acostumbrado corría serio peligro.

Por su parte, Marisa había dedicado más tiempo del habitual a su relax en la buhardilla donde emergía la voz del toca discos, bailaba en una fantasía donde su hombre perfecto era remplazado por el joven

y alto José J., de quien parecía haber dejado de lado su corta edad y sesera, y solo primaban su ancha espalda y sus ojos cafés entre otras cosas más mundanas que espirituales. Tan dispersa en su fantasía estuvo todo el día, que le costó darse cuenta del claustro al que había estado sometido todo el día su hijo pequeño.

Marisa insistió llegada la noche en intentar averiguar que le pasaba para no haber querido asomar la nariz a la calle como de costumbre, pero Pablo no quiso soltar indicio.

Sentados a la mesa para cenar, aún a falta del hijo mayor que andaría jugueteando con sus amigos, escucharon que alguien llamaba a la puerta. A esas horas no era habitual recibir ningún tipo de visitas, salvo que alguien requiriera ayuda médica. El galeno se puso en pie con un gesto de incomodidad y abrió la puerta esperando algún personaje de la isla intentando convencerle de que lo acompañe a su casa, en cambio lo que encontró al otro lado del dintel fue a José J. quien al ver aparecer al médico, se le desfiguró la cara y dando un paso atrás comenzó a balbucear alguna frase ininteligible. Pablo lo miró sin sospechar nada de lo que el joven sabía y no articuló palabra, y no fue hasta que Marisa se acercó al oírlo que José J. recuperó la sensatez.

Marisa no sabía que había venido a hacer pero supuso que venía a decirle aquello que no se había atrevido esa mañana, y no se equivocaba, aunque sí se equivocaba en el mensaje que suponía que el joven pretendía darle.

Suponiendo el mal momento que estaría pasando intentó sacarlo del apuro…

-José J., menos mal que has podido venir… -entornó la puerta para hablar con discreción sin que su marido quedara fuera del diálogo- necesito que me hagas un favor, Pablito ha estado hoy muy raro,

podrías ir a la casa de la maestra y decirle que mañana mande a Anita a jugar con él, estoy segura que mañana tampoco querrá salir.
Lo miró con dulzura, pretendiendo dejarle un margen de complicidad al muchacho, pensando que hablarle de ese modo frente a su marido le disuadiría de lo que ella pensaba pretendía decirle. El hombre por su parte, solo pensaba en el plato de comida que se enfriaba por un motivo tan frívolo en la mesa, mientras el muchacho sufría lo que consideraba una injustica absoluta.
El tiempo se volvió espeso, y nadie se movía para dejar paso a otra cosa, Pablo tomó la iniciativa y sin el menor respeto ni mediación de palabra, se volvió donde lo esperaba la cena y el pequeño. Marisa ofreció a José J. una sonrisa sin atreverse a mirarlo a los ojos, proyectando su mirada en la barbilla, que fue descendiendo sobre el pecho del joven mientras éste se giraba sin saludar, cabizbajo y dejando a la mujer una avidez de fantasías que le hicieron avergonzarse por un momento.
Esa noche, todos tuvieron sueños revueltos…
Anita, al igual que la noche anterior, tuvo pesadillas con Rodrigo, que se había convertido en su monstruo del armario.
José J. soñó con lo que había visto en la consulta del médico reviviendo los detalles y potenciando su horror por la injusticia que consideraba que se estaba haciendo. En su sueño, estaba Marisa junto a su marido y su amante, pero en lugar de mirar a los lujuriosos amantes solo le miraba a él, mientras le recriminaba que no estaba siendo capaz de interrumpirlos para salvar su dignidad. A pesar de que intentó evitarlo, lloró de un modo amargo en la soledad de su litera, sintiéndose culpable en gran medida del dolor que creía estar causando a esa mujer que tan bien lo trataba siempre.

Marisa, durmió abrazada a su marido, pero no era con él con quien soñaba, a las cuatro y media de la mañana se despertó sudando con el vivo reflejo del sueño que la había llevado a una cala del lado este de la playa, donde la marea alta la había atrapado y amenazaba con llevársela mientras subía rápidamente. En el sueño, un José J. mucho más lúcido que el de la realidad, y ataviado con ropa provocativa, cosa que tampoco era propio de él, descendía por la ladera sin ayuda de cuerdas ni herramientas y cuando el agua le llegaba a los tobillos y la fuerza de las olas amenazaban con arrastrarla mar adentro, el joven la cogía por la cintura antes de llegar a pisar la arena sumergida, en el mismo momento en que una ola rompía y los empapaba por completo, intentando liberarla de sus brazos para llevarla a lo profundo del océano, algo que la fuerza del joven conseguía evitar, ella se sujetaba con firmeza a sus brazos, que descubría extremadamente firmes para su sorpresa, él, con poco esfuerzo, deshacía el camino hacia arriba, mientras la mujer intentaba no deslizarse del brazo que la sujetaba a la vez que procuraba que no se le deslizara de su sitio la ropa o se le abriera aún más la camisa, que estaba medio desabotonada, sin saber por qué, en lo que, una vez despierta, le recordó a una escena de la primera película de King Kong y no pudo evitar que le causara una risa vergonzosa.

Pablo, el padre, estuvo soñando recuerdos de su infancia, donde se repetían una y otra vez escenas en las que su hermano le había hecho pasar malos momentos, quizá algo del don de su hijo residía en su interior e intentaba advertirle del devenir. No pudo evitar volver a su primera infancia y revivir torturas que su hermano le había propinado, y cantidad de sucesos en los que había cargado con los castigos impuestos por travesuras que no había hecho.

Pablo hijo por su parte, no soñó con su padre y la enfermera, pero volvió a verse junto a Anita escapando de su tío al filo del acantilado, si anteriormente lo había visto de un modo espantosamente real, esta vez solo le faltó caer al vacío, pudo sentir el frío del viento salado, el roce de los arbustos, la mano apretada de su amiga acusando el pánico que se había apoderado de ella, los gritos con que su tío los buscaba y el vacío frente a sus pies que lejos de ser infinito, terminaba en lo profundo, entre olas espumosas y piedras puntiagudas donde yacían cadáveres de árboles más fuertes que ellos dos y que no habían podido resistir el envite del mar en esa parte agreste de la costa.

Como le ocurriera muchas veces antes de que su padre comenzara con el tratamiento que le estaba administrando, se despertó liberando un grito de terror, interrumpiendo las pesadillas de su padre y sorprendiendo despierta a su madre que al igual que él, había sudado por culpa de sus sueños pero por motivos diferentes.

Teniendo en cuenta que su padre se levantaba habitualmente a las cinco de la mañana, la familia decidió no volver a acostarse, quizá los sueños que habían tenido cada uno habían contribuido a esa decisión, solo Cándido, que en ningún momento se había levantado, optó por volver a conciliar el sueño.

Una vez en la cocina, los tres intentaron disimular el hecho de que el niño parecía estar recayendo en su “dolencia”, aunque había más fundamento en que estaban cada uno rememorando los sueños que los habían embargado durante la noche.

El médico, ya de camino a su consulta, comenzó a ser consciente de la gravedad de que su hijo comenzara a tener sueños nuevamente, aunque desconocía que nunca había dejado de tenerlos, mientras caminaba, daba vueltas mentalmente alrededor de la bibliografía que

había leído al respecto, buscando encontrar una alternativa antes de llegar a su lugar de trabajo, como si pretendiera hallar la iluminación espontánea que le resolviera aquello que no había sido capaz de devolver a su hijo al común de la gente.

Pablo, una vez que hubo desayunado volvió a recluirse en su habitación, y haciendo una trinchera con las mantas, estuvo jugando a los soldados hasta que llegó Anita y fue obligado a quitarse el pijama y bajar al salón.

Marisa, por su parte estuvo haciendo sus tareas domésticas sin percatarse de que José J. no había venido como de costumbre y no fue hasta que le llegó su hora de bailar que no cayó en cuentas de ese hecho.

Por la tarde, a la hora de merendar y con idea de subir luego por segunda vez en el día a la buhardilla, cosa que nunca había hecho hasta entonces, se acercó a ofrecer a los niños una limonada que utilizó como excusa para procurar hablar con Anita, con la intención de saber si ella conocía el motivo de que su hijo no quisiera salir a jugar, motivo que estaba segura, tenía alguna relación con las pesadillas de esa noche. Mientras Pablo seguía jugando en el salón, la niña ayudaba a preparar entre bromas la limonada, y entre broma y broma, comentario y comentario, acabó por dejar escapar lo sucedido en la playa dos días antes, cuando Rodrigo los había abordado.

Marisa pareció sufrir una metamorfosis, los ojos se le volvieron brillosos, su imagen dulce se tornó irascible y su piel pálida, adoptó un tono rojizo que enfatizaba sus cejas, las que la niña hasta entonces, ni se había dado cuenta que tenía.

Se quitó con violencia el delantal de cocina y lo tiró sin puntería contra una silla, mientras caminaba mirando al frente con los dientes apretados.
Anita se asustó y corrió donde Pablo, pero lejos de decirle lo que había pasado, intentó disimular. Para entonces Marisa, salía dando un portazo en dirección a la consulta de su marido para exigirle que buscara a su hermano y lo obligara a desaparecer para siempre de la vida del pequeño, a sabiendas de que su obsesión solo podía acabar en una desgracia.
En el preciso instante en que Marisa daba el portazo en su casa, y fruto de la mencionada obsesión, Rodrigo se encontraba en la acera de en frete, pero el enfado de la mujer, no le permitió verlo, de hecho difícilmente veía siquiera el camino por el que andaba.
Rodrigo entonces vio en su turbada cabeza la oportunidad de que su sobrino le ayudara y armado con un sobre lleno de fotos entró en la casa.
José J. acababa de tomar el coraje que no había tenido el día anterior y se dirigía a la casa del médico a informar por fin a Marisa de la infidelidad de su marido, cuando aún le faltaban cerca de cuarenta metros para llegar, reconoció frente a la casa, y apoyado contra una pared a Rodrigo, del que sabía que su hermano le había repudiado por razones que desconocía, pero que evidentemente eran malas. En ese mismo momento aparecía la figura de Marisa atravesando su puerta con un aspecto casi diabólico, dejando un estruendo tras de sí al dar el golpe y avanzando a toda velocidad a un destino desconocido aunque predecible.
Marisa caminó con energía, movida por un impulso iracundo que bien hubiera podido detener un tren, y a pasos largos fue recortando la distancia hasta la consulta, mientras mentalmente ensayaba las

palabras exactas con las que exigiría a su marido que de inmediato y sin mediar alternativa, expulse definitivamente a su hermano, como un rey tirano ante un súbdito traicionero.
Rodrigo reconoció las voces en el salón y entró sin preámbulos, los saludó de forma cortés y se sentó junto a ellos, como si fuera a acompañarlos en su juego. Mediando una amplia sonrisa de payaso de circo de pueblo, sacó el sobre lleno de fotos y sin decir nada las extendió frente a los niños, interrogándolos con la mirada y señalando una a una las fotos a la espera de que Pablo le indicara cual era la correcta.
Cuando pasó su mano por encima de una poco nítida, la expresión del niño cambió volviéndose más temerosa si cabía, lo que le dio la pauta de que había por fin reconocido al lugar.
José J. ahora sabía dos cosas que Marisa debía saber, pero no sabía si ir tras ella o entrar en la casa donde suponía que se encontraban los niños, ya que él mismo había avisado a Anita para que visitara ese día la casa de la familia del médico. Dudó largos segundos, quizá minutos y luego de su duda, aún a falta de tomar una decisión, se encaminó detrás de Marisa, que para entonces ya no se divisaba por el camino.
Marisa apretaba cada vez más el paso y la proximidad de la consulta le incrementaba su ansiedad, haciéndole golpear el corazón con tanta fuerza que lo sentía como si lo tuviera dentro de la cabeza en lugar del pecho. Para su sorpresa, cuando hubo llegado frente a la puerta, esta se encontraba cerrada a cal y canto, y no hubo golpes que hicieran salir a nadie de dentro a atenderla.
Rodrigo intentó con cierta dulzura convencer a Pablo de que le dijera en que parte de la isla de la foto se encontraba la cueva, pero el niño no atinaba a decir nada coherente, en parte por la parálisis que le provocaba el miedo a su tío, y en parte porque la foto no era

suficiente referencia para poder orientarlo hasta la cueva. Rodrigo, como demostró desde hacía algún tiempo, no iba sobrado de tolerancia, y no fue incapaz de soportar las dubitaciones del pequeño.

José J. acababa de ponerse en marcha para localizar a Marisa cuando escuchó otro estruendo de portazo detrás suyo, se volvió por puros reflejos y con dificultad fue capaz de ver a la distancia, como Rodrigo caminaba en dirección al puerto por un callejón poco concurrido con los dos niños a rastras, que, aunque no lloraban a gritos, susurraban quejumbrosamente y se resistían todo lo que sus pequeños cuerpos les permitían, a ser llevados entre tirones.

Marisa no se sorprendió de encontrar la consulta cerrada, ya que muchas veces su marido debía rellenar la documentación de su trabajo, pero si le inquietó que nadie acudiera a su llamado, puesto que si ya no estaba allí por haberse ido antes, lo normal hubiera sido encontrárselo en el camino.

Rodrigo arrastraba como podía a los pequeños, cogidos por los hombros y dándoles tirones y medios giros para que no pudieran incorporarse e intentaran zafar de sus manazas, pero al cabo de unas pocas calles se hartó, se detuvo, violentamente los empujó contra una pared y les advirtió…

-Vais a venir conmigo andando o a las patadas, de vosotros depende la cantidad de moratones con la que lleguéis al barco.

Los niños comenzaron a llorar con voz contenida y ante la advertencia de silencio del hombre comenzaron a caminar junto a él y sin mucho ánimo

José J. se estremeció de desesperación, era consciente de la gravedad de los hechos y de que dependía de él que los niños estuvieran seguros, pero no se atrevió a enfrentarse al hombre pese

a ser claramente más fornido, joven y no estar ebrio como parecía estar el raptor. Se sentó un segundo en el suelo llevándose las manos a la cara y con un brinco más propio de una ninfa que de un hombre, salió despedido todo lo que le permitieron sus fuerzas a buscar la ayuda de los padres del niño.

Marisa no podía esperar a que su marido volviera por la noche para que encarara a su hermano, y decidió dar la vuelta al edificio para intentar llamar por la ventana trasera por si allí sí pudiera escucharla alguien en caso de estar aún su marido dentro, y como cabía esperar, allí se encontraba. Una vez se asomó a la misma ventana donde José J. dos días antes hubiera pillado in fraganti al galeno con su ayudante, Marisa se encontró con el mismo espectáculo. Los diminutos pechos de la joven nórdica se exponían hacia la ventana olvidada del pueblo, mientras el resto de su pequeña humanidad se desparramaba todo lo ancha que podía, para permitirse zozobrar entre un mar de sudor y perfume de flores exóticas sobre el cuerpo de su marido, que en un aparente estado de trance, gozaba del roce de la piel pálida y levemente rojiza de su enfermera, con los ojos cerrados, y ajeno por completo a la imprevista observadora.

Rodrigo hizo un gesto esquivo a los pocos hombres que se encontraban cerca del amarre y empujó sin disimulo a los niños dentro de su barco. Sin preocuparse por donde se encontraban o que hacían una vez arriba, desamarró las cornamusas, puso en marcha el motor, y guiado solo por su orientación, fruto de años de experiencia, se dirigió sin referencias a la isla donde se suponía, se encontraba el tesoro, los niños se limitaron a agazaparse en un rincón, con la esperanza de que algo que no esperaban interrumpiera la situación y los salvara de un destino que no se sentían capaces de presagiar por el solo temor de ser conscientes de a donde los encausaba.

José J llegó a toda velocidad a la consulta y no viendo a nadie, decidió rodearla sin pensar en por que lo hacía, como si supiera que detrás encontraría a alguien. Detrás, boquiabierta y choqueada, se encontró casi en un atropello con Marisa la que no reaccionó ni siquiera al verse embestida por el muchacho, que no pudo contener un grito corto y agudo, más parecido al de un roedor que al de un hombretón de su talla. El chillido advirtió a los amantes de la presencia de los dos, que repentinamente se encontraban mirándolos por la ventana. La situación pareció congelarse en un fotograma sostenido en la pantalla de la realidad, cuando la bobina se detiene y el estroboscopio repite infinitamente la imagen capturada. Marisa, no salió de su espanto ni movió ni un solo músculo, José J. viendo a los protagonistas del triángulo amoroso en semejante situación, pidió al cielo volver el tiempo atrás y darle valor para enfrentar a la mujer y decirle lo que sabía. Por su parte, el médico intentaba procesar en su cabeza la incómoda situación sin pensar en hacer algo, solo pretendía entender lo que estaba pasando. La enfermera en cambio, no se sintió alterada en absoluto, se sumó a la pausa, más por inercia del grupo que por sorpresa. Al cabo de unos segundos espesos, el hombre reaccionó y con un movimiento torpe se quitó de encima a la joven, moviéndose dificultosamente con la intención de encontrar su ropa y procurar darle un mínimo de normalidad a la situación. Marisa, soltó un llanto rasgado y se dejó caer con los dedos torcidos sobre sus labios y los ojos mirando al cielo. José J no salía de su confusión y como hiciera anteriormente, se movía de modo inconexo sobre sí mismo sin sentido alguno, mientras Melanie parecía disfrutar de lo que estaba pasando y observaba con contenida picardía, esforzándose por no sonreír sin la menor premura por cubrirse.

El motor habitualmente hacía ruidos espantosos por la cantidad de años que tenía, pero esta vez, cualquiera juraría que estaba a punto de explotar, Rodrigo lo llevaba al límite como si la isla corriera riesgo de desaparecer, los saltos sobre las olas aterrorizaban a los niños no muy habituados a las embarcaciones y especialmente a Anita, cuyo padre había perdido la vida en el gran naufragio. El viaje pareció mucho más largo de lo que realmente fue, el pánico por el secuestro y por los saltos hicieron que sus vidas al completo parecieran más cortas que el tiempo que estuvieron sobre el barco, cuando por fin se acercaron pocos metros de la isla, los niños sintieron un alivio tal que por un momento se olvidaron que habían sido arrebatados de sus juegos por un hombre impredecible y completamente desquiciado.

Entraron en la casa, en todo el trayecto no se dirigieron la palabra, Marisa intentaba disimular su estado porque sabía que su dolor por lo que acababa de descubrir debía guardarlo para otro momento, pero a pesar de eso, no podía contener un sollozo infantil, una seguidillas de lágrimas mantenían en un rojo furibundo sus enormes ojos, que habían perdido todo atisbo de belleza y se habían convertido en pequeñas manifestaciones de dolor y deseo de venganza. Pablo comenzó a revolver todos los rincones buscando a los niños pese a que José J., que esperaba temeroso en el dintel de la puerta, ya les había advertido que se los había llevado su hermano. Marisa, con un poco más de cordura, recayó en las fotos desparramadas por el suelo y comprendió que había hecho su cuñado con los niños.

Visto desde la borda, la imagen era paradisíaca, arena blanca, agua turquesa, palmeras, brisa, el canto de los pájaros competía con el rugido del mar que parecía pretender reconciliarse con ellos con un constante susurro provocado por la descarga de espuma de las olas

sobre la arena. La pulcritud de la playa era absoluta, solo algunas huellas de gaviotas o de tortuga interrumpían la homogeneidad de la manta que se extendía desde la vegetación hasta esconderse bajo el agua que permitía seguir viéndola hasta muchos metros mar adentro por la transparencia azulada. En el barco el contraste era evidente, un hombre desalineado sobre un artilugio de madera despintada con dos niños sumidos en el estupor de una situación impredecible. Sin pensar lo que hacía arrojó a los niños al agua, contando con que nadarían hasta donde hicieran pie. El barco estaba muy alejado de la costa porque la playa tenía poca profundidad, pero solo necesitaron nadar unas pocas brazadas antes de poder tocar la arena.

Cuando Marisa vio a Dolores sintió como su coraza se desmoronaba y se dejó caer en los brazos de la fornida mujer apoderada por un llanto ahogado que no le permitía explicar nada. Dolores soltando un amarre que estaba recogiendo la apretó con firmeza y depositó su mirada en los ojos del médico, mirada que no pudo sostener. Entonces explicó a la mujer lo sucedido con los niños y sus sospechas de que Rodrigo navegaba en alguna dirección.

Por la calle que llegaba al puerto, apareció corriendo a toda velocidad la maestra, madre de Anita, seguida por José J. que había ido a su casa a avisarle del secuestro, mientras desde el lado opuesto y advertido por el llanto de Marisa, bajaba de un salto el cojo de su barcaza.

En dos minutos todos estaban al corriente de la situación que por la gravedad enmascaraba sobradamente el otro gran dilema del matrimonio más envidiado de la isla.

-Yo vi al chaval un poco raro, de hecho me sorprendió que no me saludara como de costumbre, pero como iba con su tío que me iba yo a imaginar…

El cojo había sido testigo del abordaje y con su habitual vocación por hablar más de lo necesario siguió comentando su opinión, la paciencia de los padres se agotaba y su esposa que comenzaba a sentirse incómoda le interrumpió…
-¿Pero sabes a donde fueron o no?
-Sé en qué dirección han salido, pero hay unas diez islas, suponiendo que hayan ido a alguna de las cercanas.
-¿Reconoces alguna en estas fotos?- preguntó Pablo
-A todas, son fotos de esas islas.
-Por lo que más quieras, llévanos- Marisa dijo sus primeras palabras inteligibles desde que había llegado- Por favor, no puedo seguir aquí sin hacer nada.
La maestra, intimidada por la presencia del médico, no se atrevía a participar de la conversación pero en un llanto introvertido seguía todo con ansiedad.
-El barco de tu hermano es un montón de basura con un motor enorme, siempre dije que se iba a destrozar, pero si no se ha destrozado es imposible alcanzarlo, si ha salido hace una hora puede estar en cualquier sitio al que no llegaríamos antes de tres o cuatro con mi pesquero, y eso contando con que fuéramos en la dirección adecuada.
-¿Y cómo podemos conseguir un barco veloz?
-En esta isla, en alguna foto, jeje, esto es un pueblo de pescadores, lo que no pesa varias toneladas tiene remos, no hay barcos rápidos en esta isla.
-La lancha de los escoceses- interrumpió por fin la maestra.
-Los escoceses están muertos- replicó el viejo
-Pero su lancha no, su hija la tiene a buen recaudo en la cala de los pulpos, toda la isla lo sabe.

…pero ella no sabía que las circunstancias no eran las adecuadas para pedir a Melanie el barco de sus padres. Antes de que nadie pudiera darle alcance, Marisa estaba entrando en el caserón de la enfermera, quizá la única casa de mayor abolengo que la suya en toda la isla.

La joven estaba sentada junto a la radio encendida en la sala de estar, con un libro en una mano, y un trago helado y cargado de alcohol en la otra. Tenía un sombrero de alas reviradas y coloridas, propios de una terraza soleada y un vestido de tela muy fina sin abotonar que exponía a Marisa lo que había conocido unos minutos antes.

-Necesito el barco de tus padres, y lo necesito ¡ya!

-Está en el puerto, pero no creo que seas capaz ni siquiera de subirte en él, mucho menos de llevarlo

La joven, ni se inmutó, le respondió sin quitar la vista de las páginas con cierta altanería, y sin pedir explicaciones dejó el vaso y señaló con un dedo un llavero colgado de un pequeño adorno de porcelana que decoraba la pared. Mientras Marisa recogía las llaves, entraron el resto de las personas, Melanie reaccionó cubriéndose y girando los hombros para esconder sus atributos especialmente del cojo, por quien sentía tremendo desprecio.

Fue precisamente a él a quien Marisa entregó las llaves

-Si es un regalo lo agradezco, siempre soñé con este barco, pero si queremos encontrar a los niños necesitamos algo que se mueva como una anguila.

Marisa miró desconcertada a Melanie, que tampoco entendió el comentario del pescador

-Estas llaves son de un yate, seguramente el que tiene la señorita en el puerto, buscamos la lancha.

-Haberlo dicho, las llaves están… un momento, yo llevo la lancha, si no, no hay llaves.
Marisa se le echó encima, le sacaba al menos quince centímetros, la sujetó por el cuello y le dijo entre dientes, con los labios pegados a su sien y con una furia incontenible…
-Me has destrozado el matrimonio, si me jodes la vida te corto el cuello aquí mismo.
A pesar de la comprensible reacción de la mujer, todos quedaron perplejos porque jamás hubieran puesto esas palabras y en semejante tono en la boca de Marisa. A pesar de la intimidación no pudieron evitar que Melanie los acompañara, pero a esas alturas era lo que menos preocupaba al grupo, que por cierto era ya de siete personas.

Solo necesitaron andar diez minutos, para llegar a la cueva. Los pasos fueron certeros, Pablo se acordaba con precisión sorprendente cada detalle que fue necesario para acceder a la gruta.
Rodrigo ayudado por una linterna eléctrica que pesaba una barbaridad por la batería, se adelantó obligando a los niños a seguirle. La cueva era suficientemente alta como para que no necesitara encorvarse mucho, pero poco a poco perdía altura y anchura y el aire se volvía más húmedo y gélido a pesar del ambiente tropical que reinaba fuera. No fueron recibidos por murciélagos ni telas de arañas, pero a cada paso el suelo chasqueaba más acusando que había un poco de agua que poco a poco se hacía más profunda. Cuando hubieron hecho poco más de cien metros y el agua les cubría los pies, la cueva se terminó y Rodrigo, iluminando violentamente a un lado y a otro, entró en un estado de desesperación, cogió a su

sobrino por el mentón con una violencia desproporcionada y le interpeló.

El niño estaba aterrorizado pero tuvo suficiente entereza como para indicar con el dedo una abertura con forma de grieta vertical en uno de los laterales, por la que se podía seguir avanzando con suma dificultad rozando pecho y espalda contra ambas paredes de la grieta. Para seguir debió atar la linterna a un trozo de cuerda que llevaba, ya que era imposible moverse con algo en las manos porque las necesitaba para deslizarse. El sitio era agónico, se respiraba con tal dificultad que cada paso parecía que fuera a ser el último, no solo por la densidad y humedad del aire, sino también porque el pecho lo tenía apretado entre ambas paredes de la grieta. La rugosidad de las piedras no solo desgarró la ropa del hombre, sino que también le desollaron el pecho, la nariz y las rodillas. Los niños a pesar de ser más pequeños también corrieron la misma suerte aunque con menos severidad.

Si hubieran sido conscientes de que el hombre estaba completamente atrapado entre las piedras y se movía con lentitud de gasterópodo hubieran huido sin dificultad, pero no se dieron cuenta de ello en ningún momento y siguieron a su captor por el estrecho emparedado.

Al cabo de otros cien metros, los últimos completamente desesperantes, la grieta se ensanchó y un chasquido de catarata presagiaba que algo cambiaba en este nuevo ambiente. Lejos de ser el comienzo de un nuevo trayecto, se encontraban en una gruta sin fondo, de cuyo techo caía un fino hilo de agua que golpeaba el suelo y se perdía por alguna de las cientos de grietas que caracterizaban las paredes. En un rincón, y como si careciera absolutamente de importancia, estaban olvidadas tres cajas de madera, cubiertas con

una lona evidentemente antigua y llenas por completo de piezas de oro, redondas como monedas poco elaboradas y acuñadas al menos varios siglos antes.

El mar se partía bajo el casco de la lancha como si pretendiera ayudarles a ir más rápido, era evidente que estaban en una embarcación fabulosa, de hecho, salvo la enfermera, ninguno había estado nunca en un aparato como ese. Cuando apenas se divisaban a lo lejos los islotes parecían cientos, lo que puso nerviosas a las dos madres, pero conforme se acercaban no solo se veía que solo eran una decena, sino que además, en uno de ellos, podía verse claramente el barco de Rodrigo anclado cerca de la costa.

Parecía que habían llegado al final del problema, al menos sus corazones coincidieron en sentir un alivio parecido al que suponían que sentirían si rescataban intactos a los niños. Desde lejos las pequeñas islas imponían, tenían tantos kilómetros de playas como de acantilados, tanta altura en sus montañas, como arena desperdigada lamida por el mar, tanto verde, como cielo podía verse coronándolo.

La lancha podía acercarse más a la costa que el barco de Rodrigo, porque su línea de flotación era más baja y corría menos riesgo de encallar, pero el cojo decidió acercarse al barco y echar el ancla a su lado. Sin necesidad de ponerse de acuerdo, los tres hombres abordaron el navío corroborando lo que suponían, que los niños no estaban allí, el cojo, haciendo acto de picardía propia de los años de experiencia y las malas juntas, apaleó con una barreta el motor, hasta que estuvo seguro de que sería imposible que funcionara nunca más y no conforme con ello, al bajar siguió atizando el casco abriéndole una brecha por la que comenzó a entrar agua violentamente.

Rodrigo, con suma dificultad, consiguió sacar poco a poco el contenido de las cajas a través de la grieta y por último también las cajas las que tuvo que desarmar para poder conseguirlo.
Una vez armadas en la cueva y vueltas a llenar con las monedas, decidió volver al barco con el pecho lleno de gloria y demostrando un trato más humano hacia los niños, como si su actitud anterior hubiera sido una pasajera enajenación mental.
-"Muchas gracias, ya veréis lo felices que seremos a partir de ahora, pueden pedirme que les compre lo que quieran, bicicletas nuevas, chocolate, lo que quieran, eh… que les parece, que tal si compramos también algo para vuestros padres, ¿sí?, Anita, tu que dices, ¿qué le gustaría a tu mamá?
Los niños se sintieron de pronto más tranquilos y Pablo preguntó entonces.
-¿Pero no nos vamos a llevar los lingotes?
-¿Lingotes? ¿Qué lingotes?
-Había cinco lingotes de oro encima de un pedrusco.
Rodrigo hizo señas a los niños de que lo esperaran y con una actitud completamente sonriente se metió en la grieta para traer también los lingotes.
-Pablo, ¿dónde los has visto? Yo no he visto nada
-Ahora Anita corramos!!!
Conscientes de que necesitaría al menos cinco minutos para desandar los cien metros entre las paredes de la grieta, salieron todo lo rápido que les permitieron sus piernas huyendo en dirección contraria a la que habían venido, con la intención de que cuando fuera a buscarlos, no consiguiera dar con ellos suponiendo que irían para regresar hacia el barco, el cual en cualquier caso, no eran capaces de pilotar. La huida fue con tan mala fortuna que por escasos

metros no coincidieron con los que venían a rescatarlos, pese a que éstos escucharon sus pasos, porque se agazaparon pensando que si se trataba de Rodrigo, no sería bueno que los descubrieran.
Los padres, no habiendo conseguido verlos, desde lejos divisaron la cueva y suponiendo que era la del sueño se dirigieron a ella.
Pablo y Anita, corrieron todo lo que pudieron cuesta arriba sin saber que estaban rodeando la cueva desde el exterior; allí se hizo realidad el trágico sueño del niño donde se veía cayendo por un precipicio inmenso mientras observaba a su amiga varios metros más abajo corriendo la misma suerte.
Mientras ambos caían resbalando por la ladera que daba al mar, el médico, su esposa y los que los acompañaban, entraban en la cueva y se encontraban las dos cajas de monedas y a Rodrigo apareciendo ensangrentado de entre las rocas apenas iluminado con una linterna que casi no tenía batería.
-Estás muerto!!!
…gritó Marisa mientras se abalanzaba sobre el raptor de su hijo pequeño sin que nadie se lo impidiera. Fuera de lo previsible, Rodrigo la doblegó con un solo brazo y comenzó a propinarle golpes ante el desconcierto de todos. El cojo y Pablo se encontraban a mucha distancia de ambos, Dolores intentó quitárselo de encima, pero acabó en el suelo de un solo manotazo a pesar de su fornida contextura, Melanie y la maestra quedaron petrificadas en el mismo sitio en el que se encontraban y José J., viendo como la mujer más bella ante sus ojos estaba siendo violentada, decidió dejar de actuar como un niño grande y acomplejado y se le echó encima, haciéndolos caer a ambos al suelo. Marisa se retorció por los puñetazos en el estómago y en la cara que había recibido, mientras Rodrigo buscaba la vertical para asestar al subnormal, que antes de que el hombre

consiguiera siquiera verlo, ya lo tenía sujeto por la cabeza. Con violencia, lo levantó pretendiendo alejarlo de la mujer para que no siguiera golpeándola mientras Pablo, que ya había llegado, intentaba ayudarla sin que ella se lo permitiera, si hubiera habido suficiente luz, se podría haber visto la mirada de odio proyectada sobre el marido. Sin que nadie atinara a ayudarle, José J. comenzó a forcejear con Rodrigo, que era incapaz de zafarse del joven que lo tenía sometido por la cabeza meneándolo a diestra y siniestra casi sin dificultad, poco a poco comenzaba a ofrecer menos resistencia, lo que hacía que las maniobras de José J. fueran cada vez más violentas, hasta que en un intento de izarlo para asestarle un golpe en las costillas, y fruto de las pocas luces del muchacho, tiró con fuerza hacia arriba sin permitirle girar la cabeza, decorticándolo al mejor estilo de un experto en artes marciales, artes que desconocía en absoluto.

José J. al sentir el chasquido y notar que la resistencia de su adversario se convertía en pequeños y sistemáticos espasmos, lo soltó impresionado, levantando las manos como quien dice “yo no he sido” y permitiendo al ya cadáver, escurrirse hasta el suelo para dar sus últimos saltitos de pez sacado del agua a los pies del grupo que observaba con desconcierto.

Los cuatro dedos de agua helada que había en el suelo, fueron el único alivio para Marisa ya que no se detuvo a sufrir por sus golpes, sino que se puso, encorvada y sujetándose el vientre, a buscar a los niños en medio de la penumbra.

Con Rodrigo muerto no había modo de saber dónde estaban, pero cabía suponer que estaban del otro lado de la grieta.

Pablo comenzó a avanzar sin la precaución de llevar consigo alguna de las linternas de pilas que Melanie había cogido de la lancha,

mientras el resto miraba en todas las direcciones buscando alternativas probables.
En un momento de silencio, de esos silencios que generan las dudas de qué debe hacerse, el eco repitió cruelmente hasta el infinito el grito de Pablo al despeñarse.
Pablo se encontraba cayendo por la ladera, golpeando con todas las piedras y ramas que se interponían en su camino, a lo lejos, como fondo, una maraña de piedras puntiagudas rodeadas de espuma le advertían que estaban esperándolo, y que no sería fácil su trayecto, ya que se encontraban cientos de metros debajo suyo.
Entre las piedras y él, Anita caía sin ofrecer ninguna resistencia, estaba ya inconsciente y no podía ni percibir las amenazas proferidas por el dentado rocoso.
Todo fue una fracción de segundo, pero de esas fracciones de segundo que se dividen en una enorme cantidad de secuencias que el cerebro analiza pieza por pieza. Una de esas piezas mostraba a Anita cayendo pesada e indefensa sobre una enorme piedra oval que asomaba del despeñado y que debió quebrarle muchos huesos en un solo instante, pero que al menos impidió que siguiera cientos de metros en caída libre. Cuando apenas fue consciente de ello, también sentía como la gran piedra interrumpía su periplo vertical quitándole toda consciencia al estamparse sobre el cuerpo inerte de su amiga.
Al volver en sí, Melanie estaba inyectándole algo en el brazo, tenía vendas y escayolas, y el dolor ácido de la inyección perdía importancia frente al dolor omnipresente. Melanie, con una sonrisa de gloria le acarició los pómulos y le dijo
-Ya estás con nosotros nuevamente, hoy tu madre va a ser la mujer más feliz.

Se alejó vestida con su bata blanca, a lo lejos un médico que no conocía atendía a otro niño que había sido mordido por un perro.
Después de tres semanas había vuelto en sí, y a pesar de los muchos huesos rotos, en unos meses estaría jugando en la playa y contando su aventura al resto de los niños mientras presumía de cicatrices.
A veces volvía a la playa donde solía encontrarse con Anita, como esperando que el mar, en un acto de justicia se la devolviera aunque no fuera él quien se la había robado, y se quedaba horas mirando el horizonte sin saber por qué lo hacía, otras se metía en el mar para llorar, porque aunque nadie lo estuviera mirando se sentía más seguro sabiendo que las sal de sus lágrimas se mezclaba con la de las olas borrando todo testimonio del llanto.
Los acontecimientos alteraron la vida de la isla, que se encontró de repente sin médico, al ser rechazado repetidas veces por su esposa y su amante, y sin maestra, que a pesar de tener un corazón acostumbrado a sufrir no pudo superar la pérdida de su hija y no quiso atender a sus niños durante varios años.
No todo fue dolor en las calles empedradas de la pequeña aldea de pescadores, la verdad es que la leyenda del tesoro de la cueva, custodiado por el fantasma de Rodrigo, atrajo a gran cantidad de curiosos, turistas y oportunistas, dándole un nuevo impulso a la economía local.
El cojo y Dolores contaron en la barra del bar la historia más veces de las que hubieran podido esperar, mutando parte de verdad un poco para proteger a Pablo como habían prometido a su madre, y otro poco para tomar más protagonismo del que realmente habían tenido en todo esto.
Lo cierto es que aunque muchos se aventuraron a buscar el tesoro, nadie pudo encontrarlo, pese a que la isla donde estaba codiciado

premio fue el destino de miles de curiosos y la misma cueva fue escrutada infinidad de veces sin que nadie encontrara nada, ni siquiera el cadáver de Rodrigo. Algunos creen que el médico volvió y se llevó el tesoro y el cadáver de su hermano, el que habría tirado al mar como siempre dijo que quería acabar desde que era niño, pero nunca fue posible confirmarlo, ya que desde que se le vio partir iracundo en su barquito, por el desprecio de las dos mujeres, nadie volvió a saber con certeza nada de él.

Por su parte el pequeño Pablo, al regresar de su coqueteo con la muerte ya no volvió a soñar cosas que no pertenecían al mundo de los sueños, ni del futuro ni del pasado, al menos hasta unos años después cuando se despertó sofocado porque… bueno, ya los he aburrido bastante, eso se los contaré la próxima vez que me siente a escribir.